

—¡Y testigos?—observó el alguacil.

—Me llevo á Rondín y al señor Antonio, que son ex militares. Ese de Beaulieu está furioso. ¡Háse visto semejantes escenas por una tontería! ¡Por si sé tirar mejor ó peor el sable! La partida será corta, al menos así lo espero. Suceda lo que quiera; la fiesta ha concluido para mí.—Y añadió mirando al alguacil:—¡Tendrá que ver la cara de las gentes que esperan en los Es-sarts!

Bechard guiñó un ojo. Comprendía, aunque confusamente, que se trataba de alguna maquinación del de Brandes.

—¡Vamos!—dijo éste á Susana, quien, muy agitada, porque en el fondo quería á su amo y temblaba por él, traía una botella y vasos,—bebamos á la salud de todos, y silencio, señores!

Hilarío condujo hacia la puerta el cabriolé, tirado por una de las dos jacas blancas. El baron, cubierto con una magnífica piel de cabra, montó en el cabriolé, llevando un paquete largo, envuelto en una sarga verde, que al caer en el fondo del vehículo produjo un sonido á hierro.

El colono y el antiguo guarda del rey, se sentaron al lado de Santiago, en la única banquetá del cabriolé. El baron dió una voz á la yegua, y el valiente animal partió el galope por la avenida.

XXVIII

La encina hueca.

El vizconde había vuelto al castillo de Beaulieu á todo escape.

Estaba loco de cólera.

Ya no dudaba.

La burla de aquel aldeano de Brandes le agitaba los nervios y le encendía la sangre.

Estaba avergonzado de su ceguedad.

¡Cómo se había burlado de él Germana!

¡Cómo no había adivinado antes que le mezclaban en una odiosa intriga?

¡Cuánta razón tenía su padre cuando le aconsejaba que renunciara á sus proyectos de matrimonio!

Entró en Beaulieu por un sendero extraviado y entregó su sudoroso caballo á un palafrenero, diciéndole:

—¡Que nadie sepa que he salido esta mañana!

En Beaulieu se observa la disciplina militar.

El picador permaneció mudo.

Ató el caballo al pesebre y se puso á desaparecerlo y echarle pienso.

El valiente animal tenía buena necesidad de esto.

Acababa de recorrer, casi sin descanso alguno, cuarenta kilómetros.

En el momento de ir á salir el vizconde, se quedó parado un instante, llamó al criado y le dijo afectando indiferencia:

—¡Ah! se me olvidaba. Necesito la *charrete* inglesa en seguida; tenedla preparada. Llévala allí, bajo los pinos. Enganchad el *Príncipe*. Que nadie os vea. ¿Entendeis?

Hubiera podido creerse que aquel palafrenero era mudo.

No desplegó los labios; pero Roberto se alejó con la seguridad de ser obedecido al pie de la letra.

Las doncellas, los cocheros, los jardineros, se ponían sus trajes de día de fiesta, ¿y qué fiesta podía ser más brillante que la boda del único hijo de la casa, á quien toda aquella cáfila de dependientes llamaba cariñosamente el señorito Roberto?

A lo lejos se oía el repique de las campanas de los Essarts, anunciando la ceremonia dos horas antes, como por Noche Buena ó Pascuas.

Los mozos de cuadra, muy numerosos, á causa de las cacerías del señor de Beaulieu, daban el último pase de esponja á los *breaks* y á los landós que iban á conducir al vizconde y á sus invitados á la iglesia de los Essarts, en donde la señorita de Roye y sus amigos debían reunirseles.

Roberto subió al primer piso del castillo sin ser notado en medio de aquella animación.

Tocó á la puerta del baron de Thonars, uno de sus amigos. Justamente el otro, el capitán de estado mayor, estaba en conferencia con él. Así ganaba tiempo.

—Me alegro encontraros,—dijo Roberto con precipitación.

—¿Qué aspecto tan turbado tienes!

—Vengo á pedir os un favor.

—¿Un favor?

—Necesito que seáis mis testigos.

Los dos oficiales se miraron.

Roberto tenía un aire tan extraviado, que llamó la atención tanto del uno como del otro.

—¡Déjate de bromas!—dijo el capitán.—Tus testigos lo somos desde ayer.

—No se trata del matrimonio, y os juro que ahora no tengo ganas de bromearme. Tengo un duelo.

—¿Cuándo?

—En seguida.

—¿Con quién?

—Con un hombre que me ha ofendido groseramente.

—Tú no puedes batirte hoy,—observó de Thonars.

—Es preciso.

—¿Y tu boda?

—No hay nada más sencillo. Me visto y partimos. Tomamos un camino extraviado. Se arregla el asunto convenientemente. Dura veinte minutos, ó media hora, si quereis, y estamos á tiempo en los Essarts.

—¿Está todo convenido así con el otro?

—Todo.

—¿Sin nuestro consentimiento?

—Entre él y yo. ¿No somos los más interesados?

—Sin duda; pero es prodigiosamente incorrecto lo que has hecho.

—Convengo en ello; pero no perdamos tiempo, os lo ruego. Sois militares y sabéis lo que vale el honor. El mío está comprometido. No me interrogueis. Un coche nos espera. La cita es en pleno bosque. Yendo allí nos aproximamos á los Essarts. Lo he previsto todo.

Roberto hizo un esfuerzo sobre sí mismo y se sonrió.

—Un sablazo no vale la pena para darle tanta importancia, además, espero no ser yo quien lo reciba. ¿Está dicho?

El capitán vaciló. Pero á una mirada suplicante del vizconde cedió.

—Puesto que lo exiges...—dijo—¿Pero el nombre de tu adversario?

—El baron Santiago de Brandes.

—¿El primo de tu mujer?

—El mismo.

—¡Un rústico!—dijo el oficial con desden.—
Procura darle una leccion y pronto.

—Lo intentaré.

Diez minutos despues los tres oficiales salian, el uno despues que el otro, del castillo y deslizando de bosquecillo en bosquecillo llegaban á los pinos, en donde Principe, excelente troton bayo, enganchado á una elegante charrette, les esperaba.

El capitán de estado mayor, envuelto en un confortable gaban, llevaba debajo del brazo un paquete largo y delgado, que como el del baron de Brandes produjo un sonido metálico al chocar con la madera de la charrette.

Los tres amigos subieron á la banqueta, mientras que, obedeciendo á una señal de su amo, que no queria dejar tras de si nada que le comprometiera, el palafrenero se colocó en la parte de atrás.

El vizconde cogió las riendas del caballo, y poniéndole al trote largo, le lanzó por una calle de árboles trazada en pleno bosque y que se internaba en el corazon de la espesura.

Los sotos desfilaban unos tras otros, tan pronto cubiertos por pinos y abrojos, como por soberbios bosques; el camino atravesaba por una aldea de muy pocas casas, situadas en la vertiente de un ribazo y dominando un valle pantanoso en donde se alineaba una serie de estanques; la charrette recorrió un arenal, al extremo del cual se elevaba una encina secular, bajo una pendiente suave, y se detuvo en medio de una encrucijada, en la cual, desde el primer golpe de vista, se queda uno admirado ante un árbol gigantesco, cuya muerta copa no tiene más que algunos ramás secas, y el corcomido tronco no es otra cosa que una gruesa corteza, dentro de la cual hay una cavidad enorme que desde hace siglos resiste al tiempo, imponente para derribarla.

Era la *Encina hueca*. Ni aun los más ancianos del pais recuerdan haber oido darla otro nombre. De allí fué de donde partió un año antes la cacería, terminada por la noche de manera tan funesta.

El troton se detuvo, y el vizconde entregó las riendas al palafrenero, diciéndole:

—Esperad con el coche á doscientos pasos de aqui.

El capitán de estado mayor no habia abandonado su precioso paquete.

Roberto examinó los alrededores y sacó su reloj.

—Las diez y treinta y cinco—dijo.

Al mismo tiempo otros tres hombres salieron de un bosque de pinos, detrás del cual estaban ocultos, tal vez, tanto para no ser vistos, si algun guarda acertaba á pasar por allí, como para preservarse del viento frío que molestaba á pesar del pálido sol de invierno.

Los dos grupos se acercaron el uno al otro.

La diferencia entre uno y otro, era bastante grande.

De una parte, el aspecto indicaba gentes de la más elegante sociedad.

La otra justificaba bien el epíteto de rústicos que el capitán de estado mayor habia aplicado al baron de Brandes.

Santiago presentó sus testigos á su contrario con imperturbable aplomo.

—¡El señor Rondin, ex-sargento de cazadores! El señor Antonio Brignon, ex-suboficial y ex-guarda al servicio del rey Luis Felipe!

Los oficiales se inclinaron.

Las espadas del baron y las del vizconde estaban sobre el terreno.

Se echaron suertes.

La suerte designó las de Roberto.

La elección del terreno se hizo pronto.

Los dos adversarios se colocaron en medio de la plazoleta que formaba la encrucijada y se quitaron sus levitas.

El tío Rondin y el antiguo guarda, no deja-

ban de estar inquietos por su anfitrión, convertido ahora en su ahijado.

El desayuno se serviría á la hora señalada, pero no era seguro que el baron entrara sano y salvo para presidirlo. El vizconde pasaba por una buena espada y lo que viene de París no deja de inspirar algún respeto, ó alguna consideración á las gentes de provincias.

Los dos oficiales, por el contrario, estaban llenos de confianza. Sabían de lo que era capaz el vizconde.

Roberto de Beaulieu, gozaba en París de una reputación, muy justificada, en las salas de armas. Su padre, tirador de primer orden, en otros tiempos, le habia puesto un florete en la mano desde su juventud, casi desde su infancia. La esgrima es uno de los recreos de los jóvenes de la alta sociedad.

El capitán de estado mayor, en particular, no dudaba de que su amigo daría una lección pronta y seria á aquel aldeano, apadrinado por rústicos, á los cuales profesaba un desden bastante visible.

Desde los primeros pases, se hizo necesario modificar sus creencias.

El aspecto del vizconde era más elegante, más académico, esto era evidente. Pero el juego de sus adversario, que permanecía prudentemente á la defensiva, no carecía de cierta solidez, de naturaleza á estraviar las previsiones del capitán.

Además, examinando con calma la fisonomía de los dos combatientes, los oficiales se convencieron de que la cólera subía al rostro del vizconde, de una manera alarmante. Se hubiera creído que contaba más bien los minutos que las estocadas, y que tenia prisa por concluir, saliera lo que saliera, á fin de no faltar á la hora de la cita en la iglesia.

El baron, por el contrario, conservaba la fisonomía impassible. Se veía en ella un indefinible matiz de burla, mezclado con la alegría del éxito; la alegría interior del cazador que

espera en acecho á una pieza y la ve aproximarse y ponerse á tiro.

El vizconde atacaba con furia.

Varias veces estuvo á punto de dar á su adversario una estocada que le hubiera atravesado de parte á parte.

El baron llegaba siempre á tiempo al quite y no le contestaba.

En una segunda estocada, la espada de Roberto, rápida como el rayo, encontró paso y tocó al baron.

Su camisa se tiñó en sangre, pero Santiago sonrió.

—Un alfilerazo — dijo — continuemos, caballero.

Y sin dar tiempo al vizconde para contestarle ni á los testigos para intervenir, se volvió á poner en guardia.

Hacia ya más de veinte minutos que se batían.

Roberto de Beaulieu, siempre correcto, no daba muestras de fatiga, pero en la agitación de sus nervios y en sus crispados dedos, adivinaban sus amigos, participando de ella, la irritación que le dominaba.

Ninguno de ellos esperaba una resistencia tal.

Poco á poco, el discípulo del hermano Anselmo, se fué animando.

El duelo cambiaba de aspecto. La lucha era violenta, decisiva, mortal tal vez.

Los ojos de los testigos se fijaban en los dos combatientes sin poder separarlos de ellos.

Pronto, por un movimiento extraño del baron, comprendió Roberto que se preparaba á lanzarle una estocada de que no se daba cuenta. La espada de su adversario se ocultaba con rapidez increíble.

De pronto, el baron dió un salto deslizándose bajo la espada del vizconde, como en una involuntaria caída, se echó á fondo y le lanzó una estocada recta que le atravesó el pecho.

Era la estocada del napolitano.

El vizconde abrió los brazos, abandonó la es-

pada y cayó sobre la hierba seca de la encrucijada, con el rostro contra el suelo.

Santiago de Brandes retrocedió vacilante y se apoyó sobre el tronco de la *Enetria hueca*, próximo á desfallecer.

Tenia un hombro atravesado de parte á parte.

XXIX

Boda de sangre.

En el momento en que el duelo se terminaba, la señorita de Roye acababa en su habitación del castillo de los Essarts su tocado de desposada.

Aquella habitación, en la cual debía pasar su luna de miel, era en verdad deliciosa.

Tapiceros y adornistas habían restaurado su mobiliario acomodándolo á las exigencias del lujo moderno que, entre paréntesis, el de ninguna época le ha superado.

Respetando los artesonados, la habían tapizado lujosa y elegantemente con telas de seda recamadas, de una prodigiosa frescura de tonos.

El lecho estaba cubierto por colgaduras de una delicadeza y elegancia inesplicables, mientras que desde las ventanas se podían contemplar las extensas avenidas de árboles seculares:

Fuera hacia frío, dentro calor, como en un nido, en donde todo cambiaba al resplandor del fuego, encendido en la gran chimenea de mármol.

Sentada en un taburete de dorados pies, cubierto de seda amarilla, la bella Laurencia parecía extasiada ante su amiga.

—¡Qué hermoso día—decía—el en que unimos nuestro destino al del elegido de nuestro corazón!

Se notaba cierta ironía en el tono con que Laurencia pronunciaba aquellas enfáticas palabras; pero con ella no se sabía nunca si la garra iba á salir del guante.

—Has tenido mucha suerte—repuso.—Naciste rica, tu tutor se hubiera cortado un dedo por evitarte un disgusto; amas, y te casas con el hombre de tu eleccion. ¡Ten cuidado, querida mia! ¡Esa es mucha felicidad!

—¿Te quejas acaso de ello?—observó la condesa de Fresneuse, quien, como muy entendida en estas cosas, daba la última mano á los pliegues de la falda de su amiga.

—¡No lo quiera Dios! He tenido más suerte que he merecido, con seguridad—respondió la bella Laurencia con su eterna acritud.

—¡Tu marido no tiene ojos mas que para mirarte!

—No lo niego.

—Gozas, por otra parte, de una fortuna considerable.

—Felizmente.

—¡Haces lo que quieres del marqués!

—¡Con su cuenta y razon!

—En fin, el señor de Bresse no cometerá locuras...

—Porque ha pasado ya para él la edad de cometerlas.

—Eso es una garantia...

—¡Que Germana no exige de su marido! ¡Jóven, feliz!

—Es verdaderamente una lástima que el señor de Bresse no estuviera ahí, oculto detrás de una cortina ó de una mampara—dijo la señora de Fresneuse;—se deleitaría... tal vez...

—Pero no está—respondió vivamente la bella Laurencia. Aquí no hay más que tres amigas

de colegio incapaces de hacerse traicion, y que por lo tanto, pueden hablar con toda confianza.

—¡Vibora!—pensó la condesa.

Germana estaba pensativa.

No tomaba parte en la conversacion.

Aquel era el gran día, el día difícil de atravesar.

Sentia haber accedido á que se verificara la boda en los Essarts. ¡Estaba muy cerca de Brandes!

¡Hubiera debido casarse en Paris, y en seguida marchar con su marido lejos, al Mediodia, á Italia, huir del peligro, en lugar de ir tontamente á desafiarlo! ¡Ceder á la exigencia del conde de Beaulieu, respecto á este punto, era más que una debilidad, una imprudencia!

—¿Sabes—dijo Laurencia dirigiéndose á Germana, que me parece poco galante Roberto?

—¿Por qué?—dijo Germana distraidamente.

—¿Acaso no debería estar ya aquí, á tus piés? ¡La distancia no es tan grande desde Beaulieu, y en dos galopadas!...

—Tiene allí á sus invitados,—observó la condesa.

—¿No basta su padre para acompañarlos?

—Se ha convenido en que nos reuniríamos en la iglesia,—añadió Germana sin dar importancia á sus palabras, por decir algo.

Por muchos razonamientos que habia tratado de hacerse, no se encontraba bien.

Sentia una impresion, como la que se siente en un día de tormenta, en que, sin razon precisa, está uno nervioso y participa de la pesadez de la atmósfera, cuando los relámpagos no están lejos.

Hizo un esfuerzo sobre sí misma como para arrancar la especie de entorpecimiento que la embargaba, y preguntó á la condesa de Fresneuse:

—¡Ah! ¿qué te parece? ¿está bien?

Las dos amigas dieron vuelta alrededor de Germana, examinaron el cuerpo y la falda de su elegante y lujoso vestido, sobre el cual lle-

vaba una guirnalda de flores de azahar, entremezclada de rosas blancas y el velo sujeto á sus cabellos por un alfiler de magníficos diamantes.

—¡Estás divina!—declaró la marquesa.

—¡Oh!

—Divina, lo sostengo. ¡Qué lástima no atravesar con este traje la nave de Santa Clotilde en lugar de tu miserable iglesia de los Essarts! ¡Hubieras provocado murmullos de admiración y de envidia!

—No ¡retendo eso.

—¡Ah! Creo,—dijo la condesa de Fresneuse—que no cederás eternamente á los caprichos de ese viejo jabalí de Beaulieu! A él no le gustan más que sus bosques, sus perros y sus caballos. ¡Tal vez piense en enterrarte aquí toda tu vida! Eso sería un crimen!

—Un asesinato,—apoyó la marquesa.

—¡Ah! ¡qué me importa!

En verdad, Germana no mentía.

La era indiferente estar aquí ó allí, en París, en su elegante hotel, ó entre las cuatro paredes del viejo castillo de los Essarts. Todo le era indiferente. Su vida estaba perdida. Aquel matrimonio, con el cual hubiera sido tan feliz en otro tiempo, no la parecía más que germen de nuevos tormentos. Temía al porvenir. Temblaba por aquel Roberto á quien amaba con todo su corazón, y á quien el odio de Santiago de Brandes podría alcanzar. Temblaba por sí misma, no por su vida, sino por su tranquilidad, por su honor.

Temblaba ver aparecer la amenazadora figura del baron, como apareció en medio de los esplendores de la noche del contrato.

Miró el reloj de la chimenea.

La aguja marcaba las once y veinticinco.

Del castillo á la iglesia había una media legua.

Germana abrió una ventana.

A lo lejos, entre el bosque, se oían las campanas que tocaban á vuelo.

El frio era intenso, pero no se sentía ni el más ligero soplo de viento.

Los guardas y los colonos, con sus trajes de día de fiesta, marchaban por las avenidas en dirección á la iglesia, para asistir á la ceremonia que iba á unir á su ama con su amigo de la infancia, con su preferido.

Los coches se reunían delante de la puerta del castillo. Los caballos se inquietaban y los criados, con vistosas libreas, circulaban de una parte á otra llevando flores en los hojales de estas.

En las cocinas, Miguel Jeannin, preparaba el *menú* para el banquete.

Llamaron con suavidad á la puerta.

El general, olvidando su reuma, entró en la habitación de Germana.

Estaba radiante.

—Estamos dispuestos?—preguntó.

—Admiradla—esclamó la condesa de Fresneuse, mientras que Germana se dirigía á él con los brazos abiertos.

—¡Oh! juventud,—esclamó el general con un poco de envidia y lanzando un suspiro de pena—¡que hermosa eres! ¡y cuando pienso que ya no me amarán á mí!

—¡Oh! ¡tio mio!

—¡Vamos, en marcha!—dijo el general.

¡Esta era la última etapa; una hora más tarde todo habria terminado!

Los invitados subieron á los coches; la marquesa de Bresse se colocó al lado de su marido y el general al lado de Germana; los demás se colocaron al azar. Los caballos piafaban y la resplandeciente comitiva emprendió la marcha.

Bien pronto distinguieron sobre una eminencia la torre cuadrada y el campanario inclinado, cubierto de pizarras y rodeado de casas bajas.

Una porción de aldeanos, con sus trajes de día de fiesta, esperaba al cortejo en el pórtico de la iglesia.

Las muchachas le veían pasar inmóviles de admiración.

Aquella era una hermosa boda.

El conde de Beaulieu estaba ya en la iglesia con sus amigos, á quienes dominaba por su alta estatura.

Avanzó hacia el general, que entraba con la cabeza erguida y orgulloso porque llevaba del brazo á la hermosa desposada.

—¿Y Roberto?—dijo el conde.

—No le hemos visto.

—¿Es chocante!

—¿Dónde estará?

—Salió hace dos horas...

El brazo de la señorita de Roye tembló bajo el de su tío. Un repentino terror acababa de apoderarse de su corazón. Santiago de Brandes tampoco estaba allí á pesar de sus amenazas.

Hubiera podido verse una ráfaga de satisfacción que cruzó por los ojos de la bella Laurencia. Sin saber con precisión lo que pasaba, presentía una catástrofe.

Ella se decía sin duda:

—¿Algo ocurre!

¿Pero qué era ese algo?

El cura de los Essarts salió de la sacristía acompañado por los cantores y monaguillos.

El conde de Beaulieu fué á prevenirle.

¡Cosa extraña! El novio y sus testigos faltaban.

El capitán de estado mayor y su compañero de cazadores, el barón de Thonars, no parecían tampoco.

¿Qué hacían? Nadie lo sabía.

La admiración fué grande.

Era un simple retraso, una mala inteligencia. No podía ser cuestión de un accidente.

Una sola de aquellas almas, se sentía atravesada por todos los dardos, por todos los puñales de la más cruel de las torturas: la de Germana, que sospechaba una horrible desgracia, por lo cual se sentía herida sin poderlo aún definir.

¡Ah! Santiago de Brandes había debido cumplir su palabra.

Al cabo de algunos minutos de espera el estupor reemplazó á la impaciencia de los allí reunidos.

El conde de Beaulieu fruncía las cejas y golpeaba el suelo de la iglesia con su bastón.

Aquel retraso se hacía inquietante.

¿En qué pensaba Roberto?

Todos miraban hacia la puerta.

El cura esperaba al pie del altar.

Por fin se oyó el rápido rodar de un carruaje, que fué á detenerse delante del pórtico de la iglesia.

No era Roberto quien llegaba, sino un criado que entró precipitadamente en la iglesia y dijo al conde algunas palabras al oído.

El señor de Beaulieu se irguió y se dirigió hacia la puerta.

Germana se le interpuso.

—¿Qué hay?—le preguntó.

—¡Dejadme pasar!

—¡No! ¡Hablad!

—¿Lo exigis?

—¡En nombre del cielo!

El conde la dirigió una fulminante mirada.

—¡Hay—dijo en alta voz,— que mi hijo se muere y que sois vos quien le ha matado!

—¡Yo!

—¡Si, vos! ¡Ahora lo comprendo todo! ¡Dejadme!

Germana dió un grito y se lanzó detrás del conde, llevando consigo á su tío.

El señor de Beaulieu estaba ya en la charrette, que habia traído el palafrenero, y partió al galope.

Germana saltó á uno de los coches, atrayendo hacia sí al general, y gritó al cochero:

—¡Seguidle á todo trance!

El cochero puso los caballos al galope.

Pronto la charrete, más ligera que el coche en que iba Germana, dejó el camino y tomó una senda que atravesaba el bosque.

El cochero de la señorita de Roye vaciló.

—Seguid—dijo Germana,—aunque se destruye todo!

El coche, saltando por las desigualdades de los céspedes, se inclinaba en los carriles, próximo á volcar en aquella desenfrenada carrera.

Pero llegó al fin.

El fin era la Encina Hueca.

Allí esperaba un espectáculo horrible á la jónen.

El vizconde Roberto de Beaulieu, tendido en tierra, respiraba con dificultad.

Por su boca salía una sanguinolenta espuma, tenía los ojos vidriosos y parecía próximo á espirar.

Al pié de la encina curaba el hombro de Santiago de Brandes, un médico, á quien el tío Rondin había ido á buscar al monasterio de la Trapa.

Las espadas, manchadas de sangre, yacían en tierra.

Los dos oficiales, cerca del moribundo, esperaban su último suspiro.

La herida era horrible.

Germana, más pálida que su blanco traje, se puso de rodillas.

—Roberto—le dijo.

El moribundo entreabrió los ojos. Una expresión de horror contrajo sus facciones.

Extendió el brazo como para alejar aquella vision.

—¡Soy yo, yo que os amo!—dijo Germana.

El gesto de moribundo fué más violento.

Sus labios se agitaron como para proferir una imprecacion.

El conde de Beaulieu cogió bruscamente á Germana por los brazos y la levantó.

—Dejadle morir en paz—la dijo.—Vos le habeis matado. Idos.

—¿Qué creéis, pues?—exclamó Germana.

—¡Atrás!

—Pero yo no soy...

Iba á decir:

—No soy culpable.

Su orgullo la detuvo. La mirada del conde, su imperioso gesto, la helaba.

—¡Roberto!—dijo—¡yo os amaba! ¡Habeis dudado de mí! ¡Adios!

Y corriendo hacia Santiago de Brandes:

—¿Qué nueva infamia has cometido?—le preguntó con ronca voz.

—¡Yo!

—¡Si, tú!

—¡No os habia prevenido que no seriais de otro?

—¿Qué esperais de mí?

—Todo.

—Te aborrezco mortalmente, ¡asesino! ¡bandido!

—¡Os amo con pasion y vendreis á mí!

—¡Jamás!

—¡Aun cuando no sea más que para saber que es de ella!

—¿De quién?

—De vuestra hija!

—De mi hija! ¡Mi hija ha muerto!

—Vive.

—¡Ah! ¡eres tú quien me la ha robado!

—¿No me pertenece?

—¿En donde está?

—¡Ese es mi secreto! Pero lo sabreis.

—¿Cuando?

—El dia que os llameis baronesa de Brandes.

Germana le miró con ojos de loca.

—De otro modo jamás,—repuso Santiago con tono que la hizo temblar.—¡Yo cumplo mis juramentos!

Germana unió las manos por una convulsion de dolor, y arrojándose al cuello del general de Treville, le dijo:

—¡Ah! ¡tío mio! Llevadme lejos de aquí, muy lejos, al fin del mundo.

Y falta de fuerzas cayó desmayada á sus piés.

SEGUNDA PARTE.

EL DRAMA DE LOS RENIERS

I

La tumba de las langostas.

A la orilla de la carretera que une a Barfleur con Cherbourg, como a la mitad del camino, poco mas ó menos, de Nehon, se ve una casa aislada con nueve ventanas en su planta baja, que dan á la carretera.

Hay algunas dependencias de esta casa situadas en el ala que dá vuelta al ángulo de un camino transversal, tortuoso, por el cual se acorta la distancia sin pasar por Barfleur, desde cuyas dependencias se distinguen las últimas casas de este pueblo, Landemer y la carretera de Valognes.

Enfrente de esta casa, y del otro lado de la